

BREVE HISTORIA DE LA REVISTA «ARBOR»

Por FLORENTINO PEREZ EMBID

RAFAEL Calvo Serer, Raimundo Paniker y Ramón Roquer fundaron ARBOR, en Barcelona, en el mes de marzo de 1943. Hace nueve años ahora al aparecer este número 75, que señala un trayecto respetable, una especie de tres cuartos de siglo metafóricos.

La revista fué pensada desde el primer momento como instrumento y exponente de las preocupaciones españolas en orden a la unidad intelectual de las ciencias, o—dicho de otra manera—como publicación de síntesis cultural. Así, con ese título, «Síntesis», es como yo tuve, allá por el verano de aquel año—primer curso de la que luego ha sido Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, inolvidable primer septiembre junto al cruce del Tinto y el Odiel—las primeras noticias de la revista que iba a empezar a publicarse. «Síntesis» sería luego también el título que puso Raimundo Paniker al artículo inicial, en el cual se formulaba filosóficamente el carácter y el propósito de la misma.

Era una idea autónoma, llena de ambición, nacida sin dependencia originaria con las instituciones académicas o investigadoras existentes con anterioridad. Surgía como proyección de un empeño espontáneamente unitario, lleno de potencia creadora, de poder renovador, sobre la situación dada de la vida científica, también entonces alterada en su anterior planteamiento por la irrupción de un espíritu que introducía en ella el germen de un giro profundo, cuyas consecuencias sólo con el tiempo podrán ser medidas en toda su trascendencia.

Por eso era lógico—y así ocurrió—que aquella idea encontrase el ámbito de su realización en el Consejo Superior de Investigaciones Cien-

MARZO 1952 - N.º 75 - TOMO XXI (págs.: 305-316)

Director de la Revista: Rafael Calvo Serer

tíficas. Es éste la máxima institución de la vida científica de España, la institución nacida precisamente para encuadrar el planteamiento nuevo, dentro del cual las actividades españolas creadoras de ciencia habían de ser—y van siendo—renovadas, no sólo en sus técnicas de investigación, sino sobre todo en sus supuestos intelectuales y en la trayectoria de su desarrollo hacia un saber de salvación. Fray José López Ortiz, O. S. A., catedrático de Historia de la Iglesia en la Universidad de Madrid y vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, asumió poco después—desde el principio—la tarea de dirigir y coordinar con su autoridad intelectual los empeños iniciales de quienes habían de realizar los primeros números de ARBOR.

LOS ENSAYOS INICIALES (ENERO 1944-DICIEMBRE 1947).

El primer número, con mil ejemplares de tirada, apareció con fecha de enero y febrero de 1944. La revista era bimestral, y salía con una presentación material muy cuidada, incluso lujosa: tipografía, papel, ilustraciones, habían sido elegidos con rumbo y con acierto. La doble línea roja de unas cifras grandes componía la cubierta con las cinco capitales del título y el escudo o emblema del Consejo, como aún lo lleva ARBOR; formando una greca en torno, «Revista General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas»; tenía aquella cubierta un cierto aire lapidario, no carente, sin embargo, de una sencillez grata.

En torno al director de la revista, un grupo de redactores se reunía con frecuencia para contrastar ideas y acoplar iniciativas: Rafael de Balbín, Enrique Gutiérrez Ríos, Alfonso García Gallo, Guillermo Lohmann Villena, José María Sánchez de Muntain, María Jiménez Salas, Dalmiro de la Válgoma, José Maldonado, Angel González Alvarez, etc., etc. En Barcelona, animado por Raimundo Paríker, otro grupo de redactores comenzó a colaborar con el núcleo madrileño: Ramón Roquer, Jaime Bofill, etc. Rafael Calvo había defendido desde el primer momento la necesidad de contar con una cuantiosa colaboración no española, que facilitara la acogida internacional de la revista, y en algunos aspectos elevara su tono, asegurando así su valor universal; pensionado en Suiza desde agosto de 1943, trabajaba en este sentido, y publicó su primera colaboración escrita en el número 7. En algunas Universidades españolas se siguieron con atención desde el principio los pasos de aquella empresa cultural, y desde ellas empezaron pronto a llegar las primeras colaboraciones, caracterizadas especialmente por un propósito informativo de las distintas actividades científicas; entre ellas el original mío que apareció

en el número 2, sobre «Los cursos de La Rábida y la Asamblea Americanista de Sevilla».

Los primeros números, sin embargo, ponían de manifiesto una cierta falta de madurez, no sólo en la claridad de la orientación, sino incluso en la manera de realizarla en la práctica. Junto a artículos espléndidos, sobre todo el inicial, la revista se componía a base de otros especializados, incluso trozos de investigaciones monográficas: la poliomielitis, un excelente estudio sobre Sert, las inscripciones visigodas, la ecología agraria, el barómetro tipo 3, o el concepto de imperio en San Agustín, yuxtapuestos a artículos puramente informativos, casi reportajes; otro tanto ocurría—ocurrirá durante mucho tiempo, y un poco sigue ocurriendo aún—con la sección bibliográfica, que cerraba cada número.

Unos meses después de la aparición de la revista, el P. López Ortiz era consagrado Obispo de Túy; ARBOR conmemoró dicha solemnidad en su número 4-5 (julio-octubre de 1944). Ausente el director, el ritmo de aparición de la revista se hizo mucho más lento e inseguro, mientras persistían las dificultades de todo tipo, y la inevitable heterogeneidad de los originales. La permanente generosidad intelectual de Rafael de Balbín y el trabajo entusiasta de María Jiménez Salas salvaron el bache de los números siguientes e hicieron posible la continuidad.

A lo largo de la primavera de 1946 se fué preparando la reorganización que cuajó luego en octubre del mismo año. José María Sánchez de Muniain fué nombrado director, y Rafael Calvo Serer secretario. Pero la reorganización consistió más que en nada en la integración en ARBOR del trabajo que Hans Juretschke venía realizando en el Consejo desde el mes de octubre del 45; el «Boletín de Información Cultural», que había venido dirigiendo. Constituía un valioso conjunto de informaciones y noticias, publicadas sin firma, en multicopista y con circulación limitada, se convirtió sin alterar para nada su carácter en las que todos hemos llamado siempre «páginas azules» de ARBOR, designando por el rasgo distintivo y externo del color, lo que en realidad no era sino apéndice añadido a la revista, con numeración propia y una clara distinción.

La tenacidad y el trabajo inteligente de Juretschke—ayudado por Francisco de A. Caballero y José María Gimeno, al que luego había de sustituir Valentín García Yebra—lograron en tres meses, luchando a la vez con tres imprentas, que aparecieran casi juntos los cinco números—del 14 al 18, ambos inclusive—que hacían falta para poner la revista al día, y, sobre todo, éstos comenzaron a adquirir una fisonomía acusada, cuyo interés se basaba en la copiosa información sobre la actualidad intelectual europea. Las «páginas azules» ganaron la primera batalla de la difusión de ARBOR, y simbolizan el período final de su primera etapa.

Otras dos variaciones formales fueron introducidas en estos meses: la modificación de la portada, que pronto hubo de volver a su sencillez primera, y la ausencia de firmas en las reseñas bibliográficas, sistema que al poco tiempo fué abandonado también.

Asimismo se prescindió definitivamente entonces de una serie de libros, dispares en absoluto entre sí por su contenido, orientación e incluso formato, que habían aparecido en años anteriores como publicaciones de ARBOR.

En enero de 1947, Rafael Calvo fué nombrado subdirector del Instituto de España en Londres, y yo le sustituí como secretario de ARBOR, aunque él de manera constante—por medio de una correspondencia no interrumpida y en frecuentes viajes—continuó sugiriendo temas y colaboradores, subrayando las preocupaciones europeas y estimulando la repercusión internacional. A partir de este momento (preparación del número 19), mis noticias sobre la vida de la revista, sobre el funcionamiento interno de la redacción, sobre sus afanes o sus dificultades internas o externas, tienen valor de testimonio.

Poco después, otras tareas editoriales excepcionalmente importantes y felices alejaron de la labor de ARBOR a José M.^a Sánchez de Muniain, que naturalmente siguió muy unido por comunes preocupaciones a todos los que continuábamos haciendo la revista.

Empezó a ser preocupación fundamental de todos los números abrir camino a la aparición en la vida intelectual española de valores nuevos, de hombres jóvenes, que—aun con la contrapartida de su todavía no terminada preparación—representaran de verdad una actitud renovadora, un movimiento original, necesitado lo menos posible de la estimulante protección de los maestros de renombre consagrado. Junto a colaboraciones aisladas de Albert Fischer, de D. Manuel Gómez Moreno o de Eugenio d'Ors, se hicieron en unos casos constantes y en otros frequentísimas las firmas de José Luis Pinillos, Federico Suárez, Vicente Palacio Atard, José Gutiérrez Maesso, Juan Roger, Angel López-Amo, Francisco de Asís Caballero, Pablo Tijan, Alvaro d'Ors, y también la mía. Esto no fué ya fruto del azar, sino indicio del propósito consciente de reflejar el cambio intelectual que estos hombres jóvenes empezaban a producir en la vida española del espíritu. Lo expresó así Rafael Calvo en el artículo inicial del número 24: «Una nueva generación española», número con el que se cierra (diciembre 1947) la época en que ARBOR aparecía sólo cada dos meses. De esta época datan asimismo algunos de los más brillantes artículos de la colección de ARBOR: los «Tres temas de la guerra antigua», de Alvaro d'Ors; el «Max Planck», de Raf-

Breve historia de la revista «Arbor»

309

mundo Paniker, o «La crisis del cristianismo francés», de José Luis Pinillos, por ejemplo.

Fué tarea primordial en este año 1947 la ordenación de las suscripciones, del intercambio con publicaciones similares y de la presencia física de ARBOR en las librerías. La administración autónoma y la distribución por medio de una agencia comercial se inician también en esta época.

Comenzaron igualmente entonces las primeras repercusiones externas de la tarea intelectual que ARBOR canaliza, los comentarios a algún ensayo; en el «Times Literary Supplement», en «Etudes», en Italia y en Suiza. Esto ha llegado hasta el momento actual y se ha manifestado de las formas más diversas—reproducción traducida de artículos, aceptación de opiniones, crítica de otras, intervención en polémicas, intercambios de originales, etc., etc.—en los siguientes países concretamente: Inglaterra, Alemania, Canadá, Portugal, Francia, Suiza, Italia, Argentina, Chile, Colombia y Méjico.

EL AÑO 1948.

Se inicia el número de enero, el 25 de la colección y primero mensual, con un artículo que tuvo también mucha fortuna: «De Deo abscondito», de Raimundo Paniker, cuyo nombre se incorporó entonces al cuadro orgánico de la redacción como uno de los vicedirectores; el otro, Rafael de Balbín. La lista del Consejo de Redacción empezó en ese número a aparecer completa en el cuadernillo inicial. Además de los citados, María Jiménez Salas, José Luis Pinillos, Jesús Fernández Noquera y Gonzalo Pérez de Armiñán. En el mismo concepto de redactores fijos han trabajado luego en distintas ocasiones José Carlos Colmeiro, Esteban Pujals, Miguel Paredes Marcos, Alberto Ullastres, Alfonso Candau, Carlos Sánchez del Río, Germán Bleiberg, José Miguel Gamboa y Sebastián García Díaz; a partir de este número 75, José María Desantes Guanter.

Más nombres nuevos, que luego serían frecuentes en ellas, aparecieron en nuestras páginas en 1948: Miguel Siguán, José M.^o Jover, Federico Sopeña, Mariano Baquero Goyanes, Carlos Castro Cubells, Miguel Cruz Hernández, Gonzalo Fernández de la Mora y Mon, José María García Escudero, José M.^o Valverde, Ismael Sánchez Bella y Alfonso Candau. Junto a ellos figuraron también entre los colaboradores de ARBOR otros nombres importantes: Luis Carrero Blanco, Pedro Laín Entralgo, Enrique Lafuente Ferrari, Diego Angulo Iñiguez, Higinio Anglés, Antonio Pastor, Michele Federico Sciacca y otros muchos.

A lo largo de este año la revista ajustó la distribución interna de sus páginas y sus sumarios empezaron a adquirir la fisonomía definitiva. Una modificación tipográfica, al parecer insignificante, pero que no lo fue tanto desde un punto de vista interno, se adoptó asimismo en diciembre de 1948: la supresión de aquellos dibujos que en colores chillones habían venido rodeando hasta entonces las capitulares iniciales de cada artículo. En el número de mayo habían aparecido por primera vez las páginas de anuncios, y esto trajo consigo la puesta en marcha de una delegación comercial, especialmente dedicada a la publicidad. Hans Jurestchke y yo llevamos este año la mayor parte del trabajo que ARBOR exigió.

Pero la novedad más importante de las adoptadas en el año 1948 fue la inauguración del sistema de dedicar a un tema monográfico importante un número cualquiera cada año. El primero (el número 36, de diciembre) tuvo, como la fecha imponía, un carácter conmemorativo de la efemérides española de 1898. El conjunto del número, especialmente en los más significativos de sus originales, subrayaba la posición intelectual terminante que ARBOR empezaba ya a representar, estableciendo una clara posición de discrepancia ante las facetas negativas de aquel mero criticismo patriótico, lleno con exceso de amargura y no suficientemente operativo, que caracteriza a los escritores llamados del 98. Esta actitud fue por añadidura subrayada de la manera más clara en el último original que Rafael Calvo había de enviar desde Londres, y que llegado después del cierre hubo de ser incluido en cabeza del número siguiente; su título lo dice todo: «Del 98 a nuestro tiempo. Valor de contraste de una generación». El número extraordinario de ARBOR conmemorativo de 1898 obtuvo el Premio Nacional de números monográficos de revistas, convocado por la Subsecretaría de Educación Popular.

ARBOR.

El año 1949 nos trajo a los hombres de ARBOR la consolidación de una coherencia intelectual y una coordinación de puntos de vista muy superiores a las que con anterioridad habíamos tenido. Es el de ahora buen momento para dejar escrito que muy pocas, entre las empresas españolas que han desenvuelto una acción cultural consciente y precisa, lo habrán hecho respetando más la libertad absoluta de sus componentes, tanto en el fondo como en la expresión del pensamiento; libertad para la elección del tema, para la formulación de la crítica intelectual, para la expresión del propio criterio. Esto hizo necesario, a

Breve historia de la revista «Arbor»

311

partir del número de mayo, incluir junto al sumario la advertencia siguiente: «Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y opiniones contenidas en su trabajo.»

Y, sin embargo, se fué haciendo cada vez más clara—y ahora lo es del todo, sin duda, repasando la colección—esa coherencia mental de los originales publicados en ARBOR. Fué posible porque nació no de un equilibrio de intereses, sino de una coincidencia espontánea y profunda de principios, manifestación de una nueva concepción general común, representativa—no es petulancia, sino objetividad, decirlo—de un fenómeno nuevo, de un giro en la trayectoria de nuestra vida cultural, mucho más permanente y fuerte de lo que sus adversarios ideológicos hubieran deseado.

Y su aparición pública fué facilitada al mismo tiempo por dos procedimientos: 1.º, preferir originales buenos, de calidad positivamente valiosa y firmas jóvenes, al efectismo de una condescendiente colaboración ocasional desprendida del enrarecido Olimpo de la cultura, más o menos peregrina. 2.º, elaboración conjunta de los sumarios y de los temas sueltos, a base de un cambio cordial de sugerencias, en régimen de completa y sincera colaboración—dentro de un cuadro de normas fundamentales terminantes—, por parte de muchos colaboradores y amigos de la revista; la tertulia de ARBOR, en Pinar, 21, adquirió en 1949 una función clara y una constancia eficacísima.

No fué ajena a nada de esto la dirección intelectual efectiva por parte de Rafael Calvo, que—vuelto de Londres—sustituyó a Raimundo Paríker en el cuadro oficial de dirección.

La información cultural del extranjero adquirió al mismo tiempo una orientación más precisa: sobre todo en la serie de semblanzas de los intelectuales europeos del siglo XX, en la que a Guardini y Mauriac siguieron Evelyn Waugh, Mounier, Peter Wust, la historia de las ideas políticas de los católicos franceses contemporáneos—estupenda serie de Joaquín Sampère Castillejo, hace muy poco recogida y completada en un volumen ejemplar—, Graham Greene, y luego Pieper, Eliot, la poesía norteamericana, Edith Stein, la nueva teología en Francia, Heidegger, la filosofía en Hispanoamérica, Bernanos, la poesía italiana, etc., etc.

Otros temas muy característicos de la colección de ARBOR que hacia 1949 son tratados con especial interés son los de enseñanza e investigación. Tanto con aplicación a España—en una polémica sobre investigación y Universidad, en la que intervinieron Pinillos, Alvaro d'Ors, Janini, Sánchez Agesta, Sánchez Montes, etc.—, como en informaciones sobre los distintos aspectos de este tema general en los distintos países: organización de la educación en sus distintos grados, fracasos y experiencias, problemas de la

ciencia soviética, régimen de la investigación científica, formación humanística y enseñanza técnica, recuperación de las Universidades europeas, Unesco, y otros muchos así.

El número extraordinario correspondiente a 1949 apareció en mayo, es el 41 de la colección y estuvo dedicado «a la revolución de 1848 y su repercusión en nuestra época»; en él aparece por primera vez en los números de la revista un texto en cursiva, colocado en cabeza de la sistemática interna del propio número, y asumiendo de esta manera la función de una especie de editorial. La lista de los colaboradores merece reproducirse aquí: Rafael Calvo Serer, Angel López-Armo Marín, Juan Roger, Franz Schnabel, Béla Menczer, José Zunzunegui, Cornelio Fabro, Werner Kaegi, Federico Suárez, Ramón Canosa y Gonzalo Fernández de la Mora. Fué un extraordinario que, por medio de la armonía entre la ejemplar colaboración europea y las firmas españolas, plasmó el tratamiento actual de un tema profundamente vivo en la ansiedad colectiva: la estructura firme de una sociedad, su ruina, las raíces de ésta y las perspectivas del futuro.

El 19 de mayo del mismo año había organizado ARBOR otra conmemoración pública: la de Menéndez Pelayo. El menendezpelayismo de la revista ha sido luego una de las etiquetas, intencionalmente despectivas, que a ésta han aplicado plumas más elegantes y hábiles que profundas y conscientes de su propia responsabilidad en orden a la claridad de las ideas. Para recordar el alcance preciso de tal punto de partida y para subrayar el ánimo decididamente actual que ha movido siempre estas evocaciones inspiradas o realizadas por ARBOR, copio a continuación el breve texto mío con que la conmemoración de Menéndez Pelayo fué anunciada, y que se incorporó luego al número de julio-agosto, como presentación al artículo de D. Manuel Lora Tamayo, «El momento actual de la ciencia española» (números 43-44, julio-agosto 1949): «Con la conmemoración de Menéndez Pelayo, ARBOR, Revista general de Investigación y Cultura, pretende traer a la actualidad española un pensamiento vivo.

»Don Marcelino—incomprendido, con ignorancia displicente o con alabanzas retóricas, por casi todos los españoles que han venido después de él—representa para nosotros una concepción permanente de la existencia española. En sus escritos no vemos un almacén, sino un sistema ideológico. Con ideas dinámicas es como ha de ser levantado el baluarte intelectual de la España de mañana, no reducto defensivo, sino base adelantada de una concepción del hombre y del mundo. Y nosotros—españoles, conscientes de la caducidad de los nacionalismos en pugna—, para buscar una unidad superior en el campo de la cultura, partimos de

Breve historia de la revista «Arbor»

313

la concepción española que don Marcelino construyó con materiales definitivos a la altura de su tiempo.

»No nos interesa entretenernos en el coleccionismo de naderías muertas. Por el contrario, ante la ruina de los principios de la modernidad y de sus imitaciones españolas, buscamos—de cara a todo el mundo hispánico—la vitalidad histórica de aquel maravilloso plano de España que don Marcelino tenía en la cabeza.»

Algunos otros nombres en 1949: Jesús Álvarez Fernández-Cañedo, Nuño Aguirre de Cárcer, Antonio Wurster, Juan Bautista Torelló, Miguel Fisac, Emilio Palafox, Patricio Peñalver Simó, José Miguel Gamboa, Alexander A. Parker, Marcelo Caetano, Roberto Saumells, George Uscatescu, Rafael de Luis, José María Gimeno, José Girón Tena, José Pemartín. En el número de diciembre, el 48, Alfonso Candau sustituyó a José Luis Pinillos como redactor de la crónica cultural española. En octubre, Esteban Pujals se hizo cargo de la administración de la revista, al mismo tiempo que se incorporaba permanentemente al cuadro de redacción.

* * *

El año 1950 es el año del «Suplemento Literario». Intento fracasado de manera terminante; las dieciséis páginas en color crema que lo formaban, al final de cada número y con clara diferencia tipográfica, a pesar de ir incluídas en la numeración general, resistieron sólo doce meses, y al final del mismo año se desprendieron no por falta de justificación en ARBOR, sino por falta de algo bien distinto, los medios económicos, que era imprescindible para que el «Suplemento» alcanzase el nivel y el decoro ya plenamente alcanzados por los demás originales. Creación literaria, información ligera, comentarios teatrales, musicales, de cine y de artes plásticas, y críticas de prosa y poesía, habrían de dispersarse al final de aquel intento, sin que hasta el momento actual hayan logrado todavía en ARBOR un encaje del todo satisfactorio.

Acertó, en cambio, desde el principio, y se ha consolidado, la segunda novedad que trajo a la revista el año 1950: la «Carta de las regiones», que en cada número informa de los rasgos típicos y de las actividades—tantas veces ejemplares por su sinceridad y firme voluntad de permanencia—que caracterizan a cada uno de los focos regionales de cultura en España. Iniciada por Antonio Fontán, con una Carta de Granada, en el número 53 (mayo de 1950), se unió desde el primer momento a la crónica, para formar una sección, «Información cultural de España», completada en el número siguiente por el «Noticiero español de ciencias y letras», y que desde entonces es paralela a la sección de «Información cultural del ex-

tranjero». Se enquistó, sin embargo, en dicha distinción otra deficiencia de ARBOR, no resuelta tampoco todavía: entre España propiamente dicha y el extranjero para una revista española de cultura ha de contar con nombre propio Hispanoamérica.

El 9 de enero de 1951 un grupo de amigos de ARBOR organizaron un banquete de homenaje a los seis colaboradores que durante el año anterior habían alcanzado una cátedra universitaria: Antonio Fontán, Enrique Moreno Baez, Mariano Baquero Goyanes, Rafael Gibert, Ismael Sánchez Bella y José María Jover; y a Rafael Calvo, que acababa de obtener el Premio Nacional de Literatura «Francisco Franco».

En la primavera del mismo año se celebró en Madrid la X Reunión Plenaria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Cuatro Premios Nóbel y más de un centenar de nombres de primera fila dieron a las reuniones de estudio que entonces tuvieron lugar una altura y un porte no alcanzados ni de lejos por otras manifestaciones similares, que en estos años han sido en España frecuentísimas. ARBOR dió en su número 53 (mayo de 1950) una amplia crónica de aquel importantísimo Congreso científico, cuyo principal defecto estuvo, sin embargo, en no reflejar proporcionalmente el armónico equilibrio entre las Ciencias de la Materia y las del Espíritu, que es el más hermoso, ejemplar y fecundo entre los rasgos teóricos de la arquitectura interna del Consejo.

La crónica a que acabo de aludir y el editorial mío que apareció en dicho número dieron a éste un cierto carácter monográfico, por lo cual la revista prescindió de dar idéntica fisonomía a ningún otro número del mismo año.

Walter Eucken, Karl Thieme, F. Marco Merenciano, Federico Rodríguez y Rodríguez, Heinrich Brackelmanns, Sebastián García Díaz, Carlos París, Esteban Pujals, Manuel Fernández Galiano, Juan José López Ibor, Charles de Koninck, José Luis Vázquez Doderó, Jaime Bofill Bofill, Martín Almagro Basch, José Luis Aranguren, Enrique Tierno Galván, Francisco Fernández de Villavicencio, José María de Azcárate, Leopoldo Eulogio Palacios, Jorge Jordana Fuentes, Gerardo Diego, Antonio Gallejo Morell, Antonio Millán Puelles, Francisco Javier de Silió, Valentín García Yebra, Santiago Galindo Herrero, José Cepeda Adán, Manuel Fraga Iribarne, José María Albareda, Federico Sopeña y—naturalmente—muchos más, firmaron originales en ARBOR durante este año de 1950.

Y—animados por lista tan extensa—metamos aquí ahora otra con los nombres de quienes—colaboradores siempre, ya que no siempre asiduos—son difíciles de adscribir ni remotamente siquiera a una fecha determinada, y al mismo tiempo no pueden faltar en esta breve historia sintética: José María Pemán, Vicente Rodríguez Casado, Francisco Javier de

Breve historia de la revista «Arbor»

315

Ayala, Eduardo Alastrué, José Corts Grau, Octavio Foz Gazulla, Salvador Senent, Rafael Gamba, José Maldonado, Víctor García Hoz, José Antonio Maravall, Pedro Laín Entralgo, José Luis L. Aranguren, José Miguel de Azaola, Emilio Orozco, Emilio Fernández Galiano, José María Gimeno, Alvaro d'Ors, José María Jover, José Artigas, José Pemartín, Antonio Fontán y Armando Durán. Han de ser citados de manera especial Manuel Lora Tamayo, presidente de la Junta del Patronato de la revista y José María Otero Navascués, cuya colaboración y ayuda han sido constantes y en algunos momentos decisivas.

* * *

El año 1951 centra para ARBOR una nueva actividad fundamental. Por iniciativa de la revista, el Ateneo de Madrid—bajo la presidencia brillante de Pedro Rocamora—organizó dos cursos de lecciones sobre «Balance de la cultura moderna» y «Actualización de la tradición española», en los cuales los hombres de ARBOR encontraron la primera oportunidad amplia para dar a conocer de manera sistemática, y en círculo más extenso que el de la revista misma, el núcleo de ideas que da fisonomía a la colección de sus números. ARBOR, que ha mantenido—se decía allí—desde hace años una posición española y el diálogo internacional a base de las ideas contenidas en el prólogo del folleto empleado por el Ateneo para presentar ambos cursos, lo reprodujo como editorial propio en cabeza de su número 61 (enero de 1951), en el que también va la lista completa de lecciones y conferenciantes. Dicho texto, escrito por mí, ha sido reproducido nuevamente más tarde como presentación de la colección «O crece o muere», en la que el Ateneo ha empezado a recoger las más importantes conferencias pronunciadas entonces en su Salón de Actos. Aquellos cursos, brillantemente iniciados por la lección del doctor López Ibor en el mes de diciembre anterior, tuvieron, sin embargo, en 1951 su desarrollo principal.

Pocas novedades durante este año. La revista, lograda en lo fundamental y buscando ya fuera de sí medios para una más rápida y amplia difusión cultural, se mantuvo en líneas generales igual, hasta ahora incluso. Un detalle puede, sin embargo, ser consignado: la «Crónica cultural española» dejó de estar hecha exclusivamente por Alfonso Candau y pasó a componerse a base de comentarios cortos, redactados casi siempre por las personas del grupo más íntimo de la revista o muy vinculadas a él por estrecha colaboración: Alfonso Candau, Roberto Saumells, Raimundo Paniker, Rafael Calvo, Nicolás Ramiro Rico, a veces yo, José Luis Pi-

nillas, José Luis Varela, José Luis Vázquez Doderó, Sebastián García Díaz y otros.

Al problema de la evolución biológica estuvo dedicado el número extraordinario monográfico de 1951. Fue el número 66, del mes de junio. Lo presentó Roberto Saumells, y en él colaboraron Emilio Palafox, Jesús Muñoz, S. J., Richard B. Goldschmidt, Josefa Menéndez Amor, Bermudo Meléndez, Francisco Ponz Piedrafita, el propio Roberto Saumells, J. Kälin, Teófilo Ayuso y Oscar Kühn.

Muy recientes están las firmas, el valor, la orientación de ARBOR durante el año pasado y estos tres números primeros de 1952. Reiterarlo aquí sería machaconería. Por otra parte, esta breve historia aparecerá, además, al frente de un volumen fuera de serie con los índices de la colección hasta ahora. Consignemos sólo algunos nombres de nuevos colaboradores: Enrique Cavanna de Aldama, Ramón Carande, Alfredo Floristán, Juan Mohamed-Adb-el-Jalil, O. F. M., Pablo Tomás Berkes, David Romano, Oswaldo Markset, Gabriela Mistral, Marcel de Corte, Christopher Dawson, Carlos Branco, Felipe Mateu y Llopis, Francisco Soler, Günther Krauss, Salvador Pons y Jorge Vigón.

ARBOR, con su tirada actual de 3.500 ejemplares mensuales, con su distribución exclusiva a través de la magnífica Librería Científica Medinaceli—muestra y no la última de eficacia callada y tenaz por parte de la Sección de Publicaciones del Consejo—, con sus correspondientes oficiales de venta en Alemania, Argentina, Canadá, Chile, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Méjico, Perú, Portugal y Suiza, con su difusión amplia y la cordialidad atenta de sus muchos lectores y amigos, continúa en la brecha del combate de las ideas hasta que Dios quiera.